Revista Agustiniana 177 (2017) 451-484

FUENTES AGUSTINIANAS EN «LA DIVINA SÍNTESIS» DE ANTONIO VILLAS (1898)

GUILLERMO PONS PONS

UN LIBRO SIGNIFICATIVO DEL NEOTOMISMO

Una notable diversidad de pensamiento se puso de manifiesto entre los católicos a raíz de la crisis surgida con el fenómeno cultural de la Ilustración. Los contenidos intelectuales y métodos que caracterizaban a la escolástica eran mirados por muchos como una herencia medieval que había quedado ya superada y debía forzosamente sustituirse por nuevos sistemas de pensamiento y de enseñanza. El llamado «tradicionalismo» o «fideísmo» atraía a ciertos intelectuales cristianos que consideraban que a la fe convenía apoyarla especialmente a partir de intervenciones divinas que le infundían una garantía segura. Otras ideologías que asomaban con cierta timidez, eran el llamado «ontologismo» que pretendía una visión casi infusa de la verdad divina, y otros diversos tipos de un eclecticismo espiritualista.

Los embates revolucionarios de mediados del siglo XIX, y la difusión de las filosofías marcadas por el naturalismo y el idealismo germánico, así como la negación de la trascendencia y de los valores que habían configurado la cristiandad occidental, iban creando entre los católicos un notable desaliento que inducía a que predominara una actitud de temor y de condena, que se fue manifestando durante el pontificado de Pío IX y en el concilio Vaticano primero. Al iniciarse, en cambio, el pontificado de León XIII se potenció una notable reacción proponiendo el regreso a la solidez y el esplendor con que el tomismo se había arraigado en el siglo XIII, y que contrastaba fuertemente con aquellas ideologías modernas, inseguras e incluso contradictorias en muchos de sus aspectos.

Ese neotomismo, especialmente en el campo de la filosofía, se había iniciado ya en Alemania y en Bélgica, e incluso en España donde floreció el dominico, que después fue obispo de Córdoba, Ceferino Gonzáles (1831-1894). Pero finalmente también se fue imponiendo en Italia, sobre todo bajo el pontificado de León XIII, implicándose en el empeño los jesuitas vinculados a la *Civiltà Cattolica*, y destacando especialmente el P. Liberatore. Dos centros importantes de ese impulso científico fueron el Colegio Alberoni de Piacenza, y especialmente Nápoles donde floreció el magisterio del canónigo G. Sanseverino. El impulso más decisivo se produjo con la encíclica *Aeterni Patris* del 4 de agosto de 1879. Fue bajo este desarrollo del neotomismo que se produjo la formación personal y la labor docente y publicitaria del profesor del Seminario y canónigo e la Catedral de Menorca don Antonio Villas y Torner, cuya producción más destacada fue su libro titulado «La divina síntesis» publicado en Barcelona el año 1898.

Datos biográficos de Antonio Villas Torner (1841-1912)

El lugar de nacimiento de Antonio Villas fue la población aragonesa llamada Chalamera, situada en la comarca del Bajo Cinca de la provincia de Huesca, y que por entonces formaba parte de la diócesis de Lérida. Nació el 28 de abril de 1841 en el seno de una familia arraigada en el pueblo de referencia, el cual a pesar de que no contaba más que unos quinientos habitantes era considerado como una localidad prestigiosa por la antigüedad de su origen, por la notoriedad de su historia, por la calidad artística de sus iglesias, y por el apego de sus moradores a los valores y a las costumbres que les caracterizaban.

Pocos datos tenemos acerca de los primeros tiempos de la vida de Antonio Villas, el cual, aunque desde 1880 desarrolló con gran plenitud su vida y ministerio sacerdotal en la lejana isla y diócesis de Menorca, nunca dejó de sentirse vinculado a au pueblo natal de Chalamera, donde habitaban sus familiares, y a la que él solía acudir cada año durante una temporada en la estación estival, En esta población se ha conservado su recuerdo entre los descendientes de sus familiares los cuales aun conservan con respeto algunos recuerdos suyos, como es el caso de su cáliz que suele ser llevado a la iglesia para la celebración de la tradicional fiesta de San Antón, el día 17 de enero.

Antonio Villas realizó los estudios de preparación al sacerdocio en el Seminario de Lérida, como él mismo lo manifiesta en la introducción a su obra *La divina síntesis*. Después de cursar la filosofía y la teología, dedicó dos años al estudio del derecho. Obtuvo los grados de licenciado en teología y derecho canónico, Siguió después estudios en la Facultad de filosofía

y letras de la Universidad Literaria de Zaragoza obteniendo el título de doctor con un estudio sobre la validez del pensamiento cristiano frente al racionalismo [1].

La incorporación de Antonio Villas a la diócesis de Menorca se realizó en 1880. Al haberse anunciado unas oposiciones para cubrir la vacante de canónigo lectoral en la catedral menorquina, se presentaron a ella varios concursantes entre los cuales el licenciado Antonio Pinet, de Lérida y Antonio Villas también licenciado y doctor en Filosofía y letras, igualmente de la diócesis de Lérida, el cual contaba 39 años de edad. El que obtuvo la prebenda fue el Sr. Pinet, el cual unos tres años después pasaría a la Catedral Primada de Toledo. El obispo de Menorca Manuel Mercader, al darse cuenta de la valía y buenas cualidades de Villas, le propuso quedarse en la diócesis menorquina y le confirió el cargo de Secretario de Cámara, además de profesor en el Seminario. En 1883 fue designado canónigo Lectoral y al año siguiente, rector del Seminario cargo que desempeñó hasta 1897.

Su labor en la diócesis menorquina resultó muy relevante y fructuosa. Su enseñanza en Teología, Sagrada Escritura, el griego y el hebreo, destacó por una calidad extraordinaria, debido a su singular preparación y su constante investigación en las fuentes patrísticas y en la teología escolástica, especialmente en cuanto a la doctrina tomística. El prestigio de que gozaba hizo que durante muchos años fuera llamado a desempeñar el cargo de Vicario General y que en los dos períodos de sede vacante se le eligiera como Vicario Capitular.

Al producirse su fallecimiento el 16 de noviembre de 1912, en el *Boletín del Obispado* se publicó la correspondiente nota necrológica en que se decía: «La diócesis ha sufrido una gran pérdida, porque el Dr. Villas poseía dotes relevantes de ciencia y virtud. Fija en Dios su mente desde muy temprana edad, tan sólidamente iba cimentando la vida entera de su alma en el doble aspecto intelectual y moral, que a Dios ofreció su corazón y talentos, y fue Dios el norte y la norma de todos los actos de su vida. [...] Conservó siempre fresca la piedad sacerdotal, que se traducía en los actos de su vida, hasta constituirle dechado de dignos eclesiásticos».

Un sacerdote que había sido discípulo suyo se expresaba de esta manera: «Al anochecer del sábado [16 de noviembre de 1912] fue conducido al Cementerio Católico de Ciudadela el cadáver del M. I. señor doctor don Antonio Villas, Arcipreste de la Catedral, Provisor y Vicario General de esta Diócesis, fallecido en la madrugada del mismo día, víctima de una

[1] Nota necrológica en el *Boletín Oficial del Obispado de Menorca*, 2 de diciembre de 1912.

aguda enfermedad, habiendo recibido los últimos sacramentos y demás auxilios espirituales. Era el doctor Villas un sabio consumado, de vasta ilustración y de virtudes nada comunes. Todos cuantos tuvimos la satisfacción de tratarle íntimamente y fuimos además sus discípulos muchos años, sabemos cuánto valía. Ha sido para esta diócesis una pérdida irreparable la muerte de este hombre que poseía en sí la virtud y el saber» [2].

A pesar de sus muchas labores de estudio, de enseñanza y de la gestión de sus cargos como rector del Seminario, Provisor y Vicario General, todavía hallaba tiempo para otras ocupaciones religiosas, como fue la que realizó como director de una asociación piadosa llamada «Asociación de la Felicitación Sabatina» para la cual dirigía pláticas y exhortaciones a los asociados y demás participantes en los actos de piedad [3].

Motivación y contenidos de la obra «La divina síntesis»

El propio autor en el subtítulo que puso a su libro, publicado en 1898, expresa cuál sea su contenido: «Ideal de la ciencia, o sea, conocimiento de Dios y de las demás cosas por Dios». La intención del escritor queda puesta de manifiesto en el prólogo de su obra con claros razonamientos, como cabe descubrir en estas palabras suyas:

> La filosofía naturalista y racionalista, que más priva en el siglo presente, o bien considera a la razón humana como soberana e independiente y en su consecuencia como principio y norma de toda verdad y realidad, o bien estudia y reconoce tan sólo los hechos y fenómenos, o sea la materia con sus fuerzas, negando en su consecuencia el orden espiritual, tanto el intelectual y moral, como el sobrenatural. Por cualquiera de estos modos, se niega por completo toda intervención o influjo de Dios en las cosas del mundo y su dependencia y relación con su Creador o primer principio, privando de este modo a la filosofía de su base y verdadero fundamento. Pues bien, ya que la falsa filosofía de este siglo se ha apartado de Dios, que es el centro, a donde deben dirigirse todos los seres, y el origen de todos los conocimientos y de todas las ciencias, es preciso reducirlo todo a Dios, haciendo ver la relación y dependencia de todas las cosas y verdades de Él, a fin de poder dar de esta manera una explicación perfecta y acabada de ellas, dando así vida y valor a toda la filosofía [4].

---

2 *El Grano de Arena* (publicación periódica de Mahón), 20 de noviembre de 1912.

3 *El Vigía Católico* (publicación periódica de Ciudadela), 3 y 14 de diciembre de 1898.

4 Villas Torner, A., *La divina síntesis*, Barcelona 1898, Prólogo, p. XI.

El Dr. Francisco de P. Ribas y Servet, a quien el Vicario General de Barcelona encomendó el examen de la obra en vistas a su impresión, no sólo pone de manifiesto su más favorable concepto acerca del valor e importancia del trabajo realizado, sino que añade su opinión acerca de la utilidad de este libro, diciendo: «La oportunidad de este trabajo científico para desvanecer la confusión que ha producido en el vastísimo campo de las investigaciones humanas la desordenada labor del libre pensamiento, añaden nuevo realce el ser único en su género en los presentes días, no menos que su riguroso método y clara exposición...» [5].

Antonio Villas no deja de reconocer la dificultad de efectuar su plan de investigación y la exposición de sus resultados, debido al desarrollo y multiplicidad de los conocimientos científicos y de publicaciones en su tiempo, pero se disponía a poner por obra su proyecto, por razón de «la grande utilidad moral, religiosa y científica que puede seguirse de estos estudios, ya por elevar la razón humana hasta Dios, que es el Señor de las ciencias y principio de toda sabiduría, haciéndonos conocer de algún modo a Dios en todas las cosas, como imitaciones que son todas ellas de las divinas perfecciones, y todas las cosas en Dios que es la verdad infinita, y en quien se hallan todas representadas...» [6].

El autor mismo de «La divina síntesis nos da a conocer el proceso que a lo largo de muchos años y de constante trabajo le llevó a la realización de esta obra. Su labor es fruto del largo recorrido de sus estudios, consultas y acopio de multitud de fuentes, de experiencias captadas en su muy dilatado trabajo de enseñanza y una muy atildada y exigente labor de redacción que se descubre en el esfuerzo de análisis y de síntesis que caracteriza la extensa obra a la que nos estanos refiriendo. En su amplia introducción el autor va exponiendo las razones, el método y los condicionamientos de su trabajo e incluso los ya lejanos inicios de su entrega al ideal de enlazar fructuosamente los posibles vínculos entre el saber humano y el misterio inefable de la sabiduría divina. He aquí cómo nos refiere algunas noticias de sus primeros pasos en el estudio de tan elevados conocimientos, partiendo de las observaciones que a esos temas hizo el filósofo catalán Antonio Comellas y Cluet, canónigo y profesor del Seminario de Solsona. El Dr. Villas se expresa así:

> El aventajado filósofo catalán Comellas y Cluet en su *Introducción a la Filosofía* –al proponer en el plan de la obra– se expresa de esta manera: «Pensadores hay a quienes en un momento feliz se les ha aparecido

[5] *Ibíd.*, p. V.

[6] *Ibíd.*, pp. XIII-XIV.

> intelectualmente un ideal de ciencia altísimo y nobilísimo. Han mirado este ideal, lo han amado con puro y ardiente amor, y han aspirado a conseguirlo a través de las dificultades que habían de encontrar durante un largo período de tiempo, Desde la memorable aparición han ido en pos de ese ideal, empleando medios que han creído convenientes para irlo alcanzando. Mediante estos esfuerzos han conocido verdades, principios y leyes que antes no conocían; han logrado elevar sus conocimientos a mayor unidad y simplicidad que antes; y con esto han empezado a alcanzar alguna parte de dicho ideal». Así ha acontecido puntualmente al autor de esta obra [La divina síntesis]. Ha treinta y cuatro años , que al curar en el Seminario de Lérida las Instituciones teológicas, sirviéndonos del texto de la *Suma teológica* de santo Tomás de Aquino, al ver ya en las primeras cuestiones de esa obra imponderable, que de la noción de Dios o del Ser subsistente por sí mismo deducía y probaba el Doctor Angélico muchos de los atributos divinos, se me ofreció a la mente un ideal de ciencia altísimo y nobilísimo, cual es, explicar todas las cosas y verdades por la idea de Dios, haciendo ver la dependencia y relación de todas ellas con el Ser divino de quien proceden» [7].

La doctrina y las reflexiones que el autor va exponiendo a lo largo de su extensa elaboración abarcan el conocimiento de verdades que dimanan tanto del conocimiento que la razón humana ha ido adquirido por su capacidad natural, como de aquellas otras que tienen su origen en la revelación divina. Esto explica la extensión y la profundidad del estudio y de la exposición de la doctrina incluida en ese libro, cuyo título *La divina síntesis* resulta en vedad sugestivo y a la vez revelador de su contenido.

El autor, consciente de las ideas y convicciones que en los nuevos tiempos se iban difundiendo y que no carecen de aspectos muy dignos de atención, propone una pregunta que proviene de la radical diferencia entre la teología y la filosofía, y expresa de este modo su interrogación en referencia al concepto de filosofía: «Mas ¿no es hacerla cambiar de naturaleza, convirtiéndola en cosa sagrada y sobrenatural, sostener que la primera fuente de la filosofía y su origen primero está en Dios?». A esta objeción responde con bastante amplitud exponiendo su principal razonamiento con estas palabras:

> De ningún modo, amigos míos. Es decir, que así como sin Dios no cabe la creación de las cosas, ni sin Dios puede ser o entenderse la razón del hombre, para razonar con solidez no se puede restringir a sí solo, ni a sola la creación, necesitando al efecto de Dios. Por lo demás él, siendo filósofo, se mueve y a Dios va mediante la razón, como con más certi-

[7] *Ibíd.*, Introducción, pp. 1-2.

> dumbre y con más luz va el creyente a Dios en virtud de la fe: uno se ciñe al orden natural, y es caudillo de sí propio: el otro penetra en el orden sobrenatural, siendo su caudillo la religión [8].

El autor reconoce abiertamente que la doctrina filosófica de la consideración de las criaturas se encamina hacia el conocimiento de Dios; mientras que para el teólogo lo primero es la consideración de Dios y después el conocimiento de las criaturas, siendo este un procedimiento más perfecto por cuanto de algún modo se asemeja al divino misterio, puesto que Dios conociéndose a sí mismo, conoce todas las criaturas.

De estos presupuestos deriva el plan de la obra del Dr. Villas, que, después de algunas cuestiones previas, se divide en dos partes: en la primera trata de la consideración y el estudio de Dios y sus atributos, y en la segunda se presenta el estudio de las criaturas consideradas teológicamente, o sea, en orden a Dios.

Es muy digna de notar la gran riqueza del libro *La divina síntesis,* por razón de la muy copiosa aportación de textos bíblicos y de los Santos Padres de la Iglesia, así como de filósofos y teólogos, de la antigüedad y de la escolástica medieval y moderna, sin que falten los de autores de espiritualidad, como santa Teresa, san Juan de la Cruz, fray Luis de Granada, el P. Rodríguez, fray Luis de León, el P. Lapuente, Bussuet, etc. Este copioso material contribuye a que la obra resulte en todo tiempo muy aprovechable. Cada una de las dos partes de *La divina síntesis,* va acompañada, a modo de apéndices de una recopilación de textos amplios que por su extensión y por estar en gran parte en su lengua original, no convenía situarlos en el desarrollo mismo del texto de la obra.

La recepción del libro *La divina síntesis* podemos decir que resultó favorable y elogiosa, si bien su difusión no alcanzó la amplitud que hubiera sido deseable atendida la calidad y la riqueza de su contenido. Su extensión misma y la profundidad de la materia desarrollada explican que la obra forzosamente no podía aspirar a una muy amplia circulación.

El ya mencionado censor que recibió del obispado de Barcelona el encargo de examinar la obra del Dr. Villas se manifestaba de este modo: «No vacilamos en afirmar que en medio del materialismo y racionalismo –ateísmo en el fondo– en que languidece y desvaría la moderna ciencia, viene la presente obra a tenderle una mano amiga que la saque del abismo de abyección en que la hundió el orgullo, y la levante al debido

[8] *Ibíd.*, Introducción, pp. 16-17.

conocimiento de Dios, y por ende de la verdad, por donde únicamente se dignifica el humano entendimiento» [9].

En Roma el libro del Dr. Villas fue objeto de atención y muy bien valorado, como se pone de manifiesto en la recensión aparecida en *La Civiltà Cattolica* (1-X-1898) donde, entre otras cosas hallamos esta apreciación: «En la segunda parte, que a nuestro parecer es la más importante y en su conjunto más original, el autor trata del conocimiento de las cosas criadas, demostrando al efecto la absoluta y plena dependencia de Dios, el que como es el principio y la causa de todo el ser y de toda realidad que existe en el mundo, así es, no sólo el origen y fundamento de la unidad cósmico natural y del orden moral y sobrenatural. De él reciben todas las criaturas sus facultades operativas y sus operaciones, y a él son ellas ordenadas, como a su último supremo fin» [10].

En el *Boletín Oficial del obispado de Menorca,* al produciré la muerte del Dr. Villas, se afirmaba que él en 1898 dio cima a su copiosa labor «con la publicación de *La divina síntesis, ideal de la ciencia, o sea, conocimiento de Dios y de las demás cosas por Dios,* trabajo que le valió el encomio del Sumo Pontífice León XIII, de venerables purpurados y obispos y de entidades publicistas católicas» [11].

Testimonios de san Agustín alegados en *La divina síntesis*

Entre la copiosa riqueza de textos, provenientes sobre todo de Santos Padre, doctores de la Iglesia y maestros escolásticos, que constituye una de las más notables características de la obra de Antonio Villas, aparte de las alegaciones sacadas de los escritos de santo Tomás de Aquino, descuellan en gran manera las de San Agustín, que alcanzan el número de 148, mientras que de los demás autores citados apenas unos pocos llegan a veinte.

Esta notoria preferencia por la personalidad y la doctrina de san Agustín la tenía bien asumida el Dr. Villas, como lo ponía de manifiesto en 1881 en un ferviente discurso o panegírico que, en ocasión de la festividad de Santo Tomás de Aquino, pronunció en el Seminario de Menorca, al año siguiente de la publicación de la encíclica de León XIII *Aeterni Patris,* en la que el Papa ponía de manifiesto que el tomismo había de ser el cauce de la enseñanza en las instituciones católicas. El obispo de Menorca al haber escuchado el discurso del Dr. Villas dispuso que fuera íntegramente

9 *Ibíd.*, p. V.

10 *La Civiltà Cattolica,* cuaderno 1158, 1 octubre 1898. Cuidadosa traducción al español publicada en el periodico de Ciudadela, *El Vigía Católico,* 19 de octubre de 1898.

11 *Boletín Oficial del Obispado de Menorca,* 2 de diciembre de 1912.

publicado. En este panegírico se reconocía el genio «profundo y agudo» de san Agustín y se calificaba como «su mejor intérprete» a santo Tomás de Aquino [12].

La encíclica *Aeterni Patris,* publicada el 4 de agosto de 1879 fue sin duda recibida con gran fidelidad y satisfacción por parte del Dr. Villas, tanto por lo que toca al magisterio de santo Tomás de Aquino, como por la valoración de la doctrina agustiniana, de todo lo cual estaba él ya plenamente persuadido, como se ponía de manifiesto en su labor docente y como lo acreditaría al publicar *La divina síntesis* en 1898.

He aquí el párrafo que León XIII en la encíclica de referencia dedica a la persona y doctrina de San Agustín: «De ingenio poderoso, e imbuido perfectamente en las ciencias sagradas y profanas luchó acérrimamente contra todos los errores de sus tiempos con fe suma y no menos doctrina ¿Qué punto de filosofía no trató y, aun más, cuál no investigó diligentísimamente, ora cuando proponía a los fieles los altísimos misterios de la fe y los defendía contra los furiosos ímpetus de los adversarios, ora cuando reducidas a la nada las fábulas de los maniqueos o académicos, colocaba sobre tierra firme los fundamentos de la humana ciencia y su estabilidad o indagaba la razón del origen y las causas de los males que oprimen al género humano? ¿Cuánto no descubrió sutilísimamente acerca de los ángeles, del alma, de la mente humana, de la voluntad y del libre albedrío, de la religión y de la vida bienaventurada, y aun de la misma naturaleza de los cuerpos mortales? [13]

Me propongo ahora analizar brevemente los testimonios agustinianos más destacados que aparecen en el libro escrito por el Dr. Villas Torner: *La* divina *síntesis*. Para ello iré recorriendo por su orden los más destacados asuntos que se van tratando en la obra de referencia.

Luces y sombras en las corrientes filosóficas

En el sustancioso prólogo que el Dr. Villas coloca antes de iniciar el desarrollo de su extensa obra, se pone de manifiesto que ante el panorama de las elucubraciones de los filósofos, tanto los anteriores al cristianismo, como los que él contempla como más significativos entre sus contemporáneos, se descubren ciertas similitudes, lo cual le lleva a emprender unas reflexiones en favor de buscar una luz que disipe las tinieblas del error y

[12] Villas Torner, A., *Discurso panegírico de Santo Tomás de Aquino,* Imprenta de Puigrubí, Tarragona 1881, pp. 4 y 9-10.

[13] León XIII, Encíclica *Aeterni Patris,* párrafo 14.

conduzca a una válida sabiduría que proviene de una luz superior y que ya desde siglos atrás ha ido brillando sobre la tierra.

Si ya en la antigüedad unos variados errores, como los de epicúreos y estoicos, hallaron un claro rechazo en el platonismo que gozaba de una eficiente y valiosa noción acerca de Dios, así también en la crisis en que se hallaba sumido el mundo moderno, frente a los positivistas e idealistas se iba manifestando el firme valor de una filosofía cristiana, que el Dr. Villas juzgaba especialmente representada en el método escolástico que por entonces se estaba de nuevo afianzando.

En la exposición de este panorama Antonio Villas descubría un apreciable apoyo en las obras de san Agustín. Uno de estas aportaciones la halla en el libro octavo de la *Ciudad de Dios*. Se trata de un famoso texto en que el obispo de Hipona hace referencia a las doctrinas de Platón y a su difusión por muy diversos países entre los cuales el santo menciona a los hispanos. Estas son las palabras más reveladoras de Agustín: «Por tanto, cualesquiera filósofos que han reconocido al verdadero y supremo Dios, como autor de las cosas creadas, luz de las cognoscibles y bien de las que han de practicarse, que es el principio de nuestra naturaleza, la verdad de nuestra doctrina y la felicidad de nuestra vida: ya sean los llamados propiamente platónicos o de cualquier otra denominación que hayan dado a su secta, [...] a todos los que han pensado así y enseñado estas doctrinas los anteponemos a los demás y confesamos que están más cercanos a nosotros» [14].

El Dr. Villas cita también la carta de Agustín 118, a Dióscoro, en donde se halla una observación en que se dice que «los platónicos no pudieron representar paladinamente el papel de la verdad y de la razón. A todos [los filósofos del paganismo] les faltó el modelo de la divina humildad que a su debido tiempo fue esclarecido por nuestro Señor Jesucristo» [15].

Unas emblemáticas palabras de san Agustín, que expresan muy bien el contenido y la intencionalidad del libro *La divina síntesis,* las coloca Antonio Villas al fin de su prólogo diciendo:

> Plegue a Dios que estos escritos [aportados en la obra] abran los ojos del entendimiento a muchos y les haga conocer, como es mi deseo, el infinito poder, sabiduría y bondad de nuestro Dios y Señor; para que así lo amen íntimamente con todo su corazón, pues como dice san Agus-

[14] *La Ciudad de Dios,* VIII, 9: BAC 171, 499-500.

[15] *Cartas* 118, 3.17: BAC 69, 862-863.

> tín «cuanto mayor es el conocimiento mayor debe ser el amor» [16]. Todo sea para mayor gloria de Dios en su indivisible y beatísima Trinidad, y de nuestro divino Redentor, único perfecto mediador entre Dios y los hombres [17].

En la introducción confiesa el Dr. Villas haberse servido de muchas lecturas para componer su obra: «He leído –dice– y a veces tan sólo hojeado millares de libros de muy diferentes ciencias y materias. [...] Desde luego puedo decir en general que en varios de ellos he encontrado algunas piedras sueltas, que podían servir para ayudarme a levantar y fortalecer el edificio proyectado; pero de una manera especial y más principalmente me han servido al objeto las obras de san Agustín, de tanto Tomás de Aquino, del cardenal Franzelin, del cardenal Zigliara y las de algunos otros sabios distinguidos, como podrá verse por sus diferentes citas» [18]. Queda, pues, patente la admiración, el aprecio y el prestigio en que tenía al obispo de Hipona, al cual designaba como el «Doctor Máximo» y como «el Águila de los Doctores».

De Dios, que es la Verdad, dimanan todas las verdades

Antes de entrar en la primera parte de su obra, que trata de Dios y de sus atributos, propone el autor unas cuestiones preliminares en las que se ocupa en aclarar diversos conceptos acerca de la verdad por esencia y la sabiduría divina, en relación con el saber y la ciencia del hombre. En este campo de investigación hace que destaque una luminosa invocación que hace a Dios san Agustín en su profundo y sugestivo libro *Los Soliloquios,* y que dice así: «A ti invoco, Dios Verdad, en quien, de quien y por quien son verdaderas todas las cosas verdaderas» [19]. En relación con este precioso texto agustiniano coloca el Dr. Villas unas exclamaciones de Ramón Llull, famoso autor medieval que de diversos modos siguió las huellas del obispo de Hipona[20].

Al exponer cuál sea el supremo ideal de la ciencia y del conocimiento que pueda recibir el hombre, y que es el conocer a Dios con una excelsa perfección, lo cual ha de acontecer en el estado de la bienaventuranza

---

16 *Porro si quanto maior notitia, tanto erit maior dilectio* (*Del espíritu y de la letra,* 36, 64: BAC 6, 804).

17 Villas Torner, A., *La divina síntesis,* cit., pp. XIV-XV.

18 *Ibíd.*, Introducción, p. 2.

19 *Soliloquios,* I, 1, 3: BAC 10, 437.

20 Villas Torner, A., *La divina síntesis,* cit., p. 27.

eterna, porque en su existencia terrena la razón se detiene ante lo insondable del Ser infinito [21]. A propósito de ello se hace referencia a una reflexión de san Agustín en que dice: «Entonces [al alcanzar la felicidad eterna] la semejanza de Dios será perfecta en esta imagen [que es el hombre] cuando haya lugar la visión perfecta de Dios» [22].

El Dr. Villas se extiende considerablemente en este asunto, oponiéndose a los ontologistas que trataban de descubrir en san Agustín razones favorables a su idea de que en este mundo se puede llegar a contemplar da esencia de Dios. Son abundantes las citas agustinianas que aduce, poniendo cuidado en distinguir las experiencia de la visión de Dios que han tenido los profetas o los místicos. Así en la carta a Paulina Agustín le dice: «Por eso, aunque en esta vida vaya alguien espiritualmente muy adelantado, está siempre muy lejos de aquella perfección de la semejanza que es idónea para ver a Dios cara a cara, como dice el Apóstol» [23].

Ya en los preliminares de su libro el Dr. Villas pone de relieve la enseñanza que va a desarrollar en la segunda parte acerca de que podemos conocer y valorar mejor las cosas a través del conocimiento que tengamos de Dios. Expone su convicción acerca de ello, como ya la había hecho santo Tomás de Aquino, acudiendo a un texto de san Agustín en su libro *La verdadera religión* donde dice: «Según la verdad divina emitimos nuestro juicio sobre todas las cosas» [24].

Resulta determinante esta concepción en la obra del Dr. Villas, como se puso de manifiesto en la ya mencionada recensión aparecida en la *Civiltà Cattolica* donde se dice que «el nobilísimo fin del autor en escribir estas doctas páginas fue ciertamente dar a conocer la relación que tiene la ciencia con Dios, único centro y único origen de toda ciencia, como lo es de toda cosa criada».

Dios: su existencia, su esencia y su perfección

Este es el contenido de la primera parte de *La divina síntesis*. Extenso y luminoso resulta el recorrido por el que el autor trata de conducir a sus

---

21 *Ibíd.*, p. 46.

22 *La Trinidad,* XIV, 17, 23: BAC 39, 687.

23 *Cartas* 92, 3, a Itálica: BAC 69, 597. Véanse otros textos semejantes en *Carta a Paulina,* 11,28: BAC 99, 308; *La Ciudad de Dios,* XI, 4, 1: BAC 171, 687; *Enarraciones sobre los salmos,* 41, 7: BAC 246, 10; *ibíd.*, 120, 6 vers. 4: BAC 264, 228; *ibíd.*, 149, 4, vers. 2: BAC 264, 903.

24 Al parecer se reproduce una cita de Santo Tomás . Cf. *La verdadera religión,* 31: PL 34, 316.

lectores, de igual modo que lo hacía en la enseñanza que en el Seminario daba a sus alumnos bajo la guía de la Suma Teológica de Santo Tomas de Aquino. En su obra escrita, destinada a personas dotadas de una suficiente preparación intelectual, el Dr. Villas se complace en seguir un esquema bien perceptible y acompañado de una gran riqueza de luminosos testimonios. Trataré de seguir sus pasos extrayendo los más sugerentes textos de san Agustín con los que el autor logró ilustrar abundante y maravillosamente su labor.

El conocimiento de la existencia de Dios había logrado una singular solidez gracias a la fe divina y también mediante la aplicación de la razón humana, de un modo especial al haberse desarrollado en Europa un ambiente cultural en el que habían primado la tradición judeo-cristiana y el arraigo del pensamiento filosófico greco-romano. Se manifestaba además una sólida convicción acerca de que en la mente humana la idea del Ser Supremo afloraba sin dificultad, si bien se estaba ya descubriendo que desde el tiempo de la Ilustración se iban incrementando unas tendencias, que a más de rechazar la revelación divina conducían hacia no pocos casos de negación de la existencia de Dios.

Permanecía, sin embargo, muy arraigada la convicción de que a través de las criaturas era fácil para muchos llegar al conocimiento de Dios. Nuestro autor a ese respecto y en contra del ontologismo que pretendía la existencia de una visión intuitiva de Dios en esta vida, se expresa así

> No siendo Dios objeto directo e inmediato de nuestra percepción o intuición, su existencia es lo primero que nos muestran de Él las criaturas. Pues desde luego que conocemos nuestra existencia y la del mundo que nos rodea y su condición finita y temporal, no podemos menos de reconocer la existencia de Dios o de un primer Ser bajo la noción de primera causa [25].

A ese respecto se aduce un texto de Agustín en sus *Comentarios al Evangelio de San Juan,* donde aparece esta reflexión: «Efectivamente porque se dice que es Dios de toda la creación, este nombre [el de Dios] no puede de ninguna manera ser desconocido tampoco para ninguna de las gentes antes que creyeran en Cristo, pues la fuerza de la divinidad auténtica es esta: que no puede esconderse en absoluto y completamente a la criatura racional que usa ya la razón. En efecto, exceptuados los pocos en quienes la naturaleza está depravada en exceso, el entero género humano confiesa a Dios como autor de este mundo. Porque, pues, hizo visible en cielo y

25 VILLAS TORNER, A., *La divina síntesis,* cit., p. 70.

tierra este mundo, Dios es conocido para todas las gentes, aun antes de ser imbuidas por la fe de Cristo» [26].

El convencimiento de cuán difícil o imposible es para la razón humana el penetrar en el profundo misterio de la esencia divina ha llevado a muchos a preferir el camino de las negaciones manifestando cómo no pueden aplicarse a Dios muchos conceptos que se refieren a los seres creados. Es lo que a veces se ha llamado la «teología negativa», especialmente preferida por los teólogos delas iglesias de Oriente. También se toca esta temática en *La divina síntesis,* ya que también Tomás de Aquino le da cabida en sus escritos y san Agustín igualmente había hecho notar esta realidad. He aquí una expresiva cita agustiniana alusiva a la vía de las negaciones para aproximarse al conocimiento de Dios, que aparece en la obra del Dr. Villas: «Si ahora no podéis comprender qué es Dios, comprended al menos qué no es. Mucho tendréis adelantado si no pensáis de Dios algo distinto de lo que él es. ¿No puedes llegar aún a lo que él es?. Llega a lo que no es. Dios no es cuerpo, no es la tierra, no es el cielo, no es la luna, no es el sol, no es las estrellas; no es eso corporal, ya que, si no es lo celeste, ¡cuánto menos lo terreno!» [27].

La simplicidad de la esencia divina es un concepto fundamenta y que no se opone a la trinidad de personas ni a los atributos divinos que en nuestro modo de expresión los distinguimos, El Dr. Villas lo expresa con palabras sencillas pero que no dejan de iluminar nuestra mente humana:

> Conviene hacer notar que en Dios, acto purísimo y realidad simplicísima, no hay más que una perfección infinita, que no puede expresarse propia y adecuadamente por los términos que usamos para significar las perfecciones de las criaturas; pues, como enseña santo Tomas las perfecciones que en las criaturas se encuentran con división y variedad, se hallan en Dios en suma unidad y simplicidad [28].

Sobre este tema cita el autor varios textos de san Agustín. Uno se halla en el libro titulado *La Trinidad,* donde dice: «Jamás en el alma humana se identifica el ser con la prudencia, con la fortaleza, con la justicia y con la templanza, pues puede el alma existir ayuna de estas virtudes. En cambio, para Dios, ser y ser prudente, justo, sabio, fuerte, es la mima realidad; y

---

26 *Tratados sobre el Evangelio de San Juan,* 106, 4, BAC 165, 769-770.

27 *Tratados sobre el Evangelio de San Juan* , 23, 9: BAC 139, 539. Otro texto agustiniano sobre la misma temática citado por el Dr. Villas se halla en la *Carta 120,* a Consencio 3, 13: BAC 69, 903.

28 *La divina síntesis,* cit., p. 88.

otro tanto se diga de toda excelencia de aquella simple multiplicidad o múltiple simplicidad, siempre que haga referencia a la sustancia» [29].

Como expresión del misterio de la simplicidad divina el autor de *La divina síntesis,* otorga un singular valor al texto del libro del *Éxodo* en el que Dios se manifiesta a Moisés diciendo: *Yo soy el que soy* (*Ex* 3,14), que aparece en la obra con caracteres hebraicos. A modo de una muy valiosa exposición del pasaje bíblico se cita este texto agustiniano: «Existiendo las cosas que hizo, al compararlas a Él, dijo como si Él solo existiese: *Yo soy el que soy, y así dirás a los hijos de Israel: "El que es me envía a vosotros".* No dijo: "El Señor Dios omnipotente, misericordioso y justo". Si lo hubiera dicho, ciertamente hubiera dicho verdad. Quitando del medio todos aquellos nombres con los que pudiera ser llamado y denominado Dios, dijo que se llamaba *ser;* y como si éste fuese su propio nombre dice: *Esto dirás: "El que Es me envió".* Así, pues, Él es; de tal suerte, que, en comparación de Él, todas las cosas que han sido hechas no son. No comparándolas a Él, son, porque son por Él; comparándolas a Él. no son, porque es cierto que es el Ser inmutable, el cual es Él únicamente. Es, pues, el ser, como el bien de bienes es el Bien» [30].

Por su esencia misma Dios en inmutable. Este es uno de los atributos negativos de Dios, El autor de *La divina síntesis* lo explica diciendo que esa palabra «expresa negación de mutación o cambio en su modo de ser, pero realmente expresa afirmación, pues significa el mismo ser absoluto de Dios, en cuanto permanece siempre en el mismo estado y modo de ser, excluyendo de él toda clase de mutación» [31]. A propósito de ello cita un texto de San Agustín, escrito en oposición a los errores de los maniqueos, que partiendo del texto bíblico del libro del *Éxodo: Yo soy el que soy,* se expresa de este modo: «En verdad Dios es el que es, y resulta que es inmutable. En efecto, toda mutación hace que no exista lo que antes existía. Verdaderamente él es el que es porque es inmutable; lo demás que ha sido hecho por él, recibe de él la existencia, según su modo. Al que es el Ser supremo, sólo se le opone lo que no tiene existencia. Del mismo modo que de él proviene todo lo bueno, así también procede de él todo lo que naturalmente existe; así pues, todo ello por naturaleza es bueno» [32].

---

29 *La Trinidad,* VI, 4, 6: BAC 39, 376. Véanse también: *Sermón 341,* 8: BAC 461, 51-52; *La Trinidad,* V, 2: BAC 39, 338.

30 *Enarraciones sobre los Salmos,* 134, 4: BAC 264, 487-488. *La Trinidad,,* VI, 7: BAC 39, 381,

31 *La divina síntesis,* cit., p. 117.

32 *De natura boni contra Manichaeos,* 19: PL 42, 557.

Sobre los atributos negativos de Dios se expresa el Dr. Villas con sobriedad y con un profundo sentido del misterio divino, siendo así que el Ser supremo se nos manifiesta como excelso, bondadoso y cercano, pero al propio tiempo incomprensible, inefable e inmutable. He aquí algunas de sus expresiones:

> El conocer de algún modo con el entendimiento a Dios es una gran dicha; pero comprenderle es enteramente imposible: Así lo proclama Jeremías cuando lo apellida grandioso en sus consejos e incomprensible en sus designios (*Jr* 32,19). [...] De la invisibilidad e incomprensibilidad del Ser divino por el entendimiento creado en el sentido explicado, síguese la inefabilidad, o sea que Dios no puede ser expresado perfectamente y como es en sí mismo con nombre alguno por ningún entendimiento criado que se halle en estado de vía, o sea que no goce de la visión beatífica [33].

Como testimonio o ilustración de esta enseñanza presenta el autor esta hermosa exposición que hace san Agustín en su comentario al salmo 85: «Dios es inefable. Más fácilmente decimos lo que no es que lo que es. Piensa en la tierra; Dios no es esto; piensa en el mar, tampoco es esto; todas las cosas que hay en la tierra, los hombres y los animales, tampoco son Dios. Todas las cosas que hay en el mar, que vuelan por el aire, no son Dios. Lo que brilla en el cielo, las estrellas, el sol, la luna tampoco son Dios. El mismo cielo no es Dios. Piensa en los ángeles, en las virtudes, en las potestades, en los arcángeles, en los tronos, en las sedes, en las dominaciones; no son Dios. Entonces, ¿qué es? Sólo pude decir lo que no es. Preguntas qué es. Lo que el ojo no vio, ni el oído oyó, ni llegó a penetrar en el corazón del hombre. ¿Entonces por qué exiges que declare la lengua lo que no comprende el corazón? *No hay semejante a ti entre los dioses, ¡oh Señor!, y nada hay comparable a tus obras*» [34].

Acerca del atributo de la eternidad de Dios, el Dr. Villas, siguiendo a Boecio y a Tomás de Aquino expone con claridad cuál sea el contenido de esta doctrina, o sea, que abarca los conceptos de «carencia de principio y de fin, y carencia de sucesión, o sea existencia simultánea y perfecta de una cosa. Así pues, la eternidad es el mismo ser divino actualísimo e inmutable, o sea, la vida perfectísima de Dios, permaneciendo siempre

33 *La divina síntesis,* cit, pp. 120-123.

34 *Enarraciones sobre los Salmos,* 85, 12: BAC 255, 234. Otros testimonios citados sobre el mismo asunto: *De doctrina christiana,* I, 6: PL 34, 21. *De Genesi al litteram,* V, 16: PL 34, 333. *Sermón 117,* 7: BAC 443, 10. *La Trinidad,* 7,4: BAC 39, 404.

en el mismo estado» [35]. Cita el autor un texto agustiniano muy explícito y luminoso sobre la eternidad de Dios: «La eternidad es su sustancia, la cual no tiene nada de mudable. En ella nada es pasado, como si ya no existiese, ni nada futuro, como si todavía no existiera. En ella solo hay existe, En ella no hay fue o será, como si lo que fue ya no es y lo que será aún no es. Todo lo que hay en ella es *es*» [36].

Verdad, bondad y hermosura y los demás atributos divinos son una misma cosa que su esencia en la que no hay división ni incremento, pero a fin de que nuestro conocimiento de Dios alcance una profundización, viene a ser necesario el describir separadamente la infinita perfección divina. Así lo expone el Dr. Villas:

> «En Dios, acto purísimo y realidad simplicísima no hay más que una perfección infinita, que no puede expresarse propia y adecuadamente por los términos que usamos para significar las perfecciones de las creaturas; pues como enseña santo Tomás las perfecciones que en las criaturas se encuentran con división y variedad, se hallan en Dios en suma unidad y simplicidad: he aquí por qué dice san Agustín que en Dios todo lo que se dice o predica del mismo se identifica consigo mismo» [37].

El autor alude aquí especialmente al texto agustiniano del sermón 141 donde figura esta sentencia: «En Dios todo lo que se dice de él es él mismo» *(In Deo omne quod dicitur, idipsum est)* [38].

La verdad y la veracidad se hallan en Dios como una de sus propiedades características, que constituyen su misma esencia divina El Dr. Villas se expresa así:

> La verdad es una propiedad y atributo positivo de Dios. Así lo reconoce la Escritura por estas palabras, que dijo Cristo de sí, como Dios: *Yo soy la verdad* (*Jn* 14,6), y también lo significa Jeremías cuando dice que el Señor es el Dios verdadero (*Jr* 10,10). Así lo reconoce san Agustín cuando dice que Dios es ciertamente la verdad [39].

Este testimonio agustiniano, además de lo que se encuentra en el libro VIII de la *Ciudad de Dios* se halla expuesto con mucho desarrollo en la

---

35 *La divina síntesis,* cit., p. 123.

36 *Enarraciones sobre los Salmos,* 101, sermón 2°, 10, vers. 25: BAC 255, 663. Cf. también *Tratados sobre el Evangelio de San Juan,* 23, 9: BAC 139. 540-541.

37 *La divina síntesis,* cit., p. 88.

38 *Sermón 341,* 8: BAC 461, 51-52.

39 *La divina síntesis,* cit., pp. 127-128.

ya mencionada *Carta a Dioscoro,* donde se pone de relieve que la doctrina sobre la verdad de Dios no alcanza su auténtica plenitud hasta que se manifiesta la enseñanza de Cristo que dice: *Yo soy la Verdad.* Un pasaje de dicha carta agustiniana, muy elocuente a ese respecto, dice así: «Entonces floreció en Roma la escuela de Plotino, quien tuvo por discípulos en ella muchos agudos y hábiles varones. Mas algunos de éstos se dejaron corromper por la curiosidad de las artes mágicas, mientras otros advirtieron que el Señor Jesucristo personificaba a la misma verdad y sabiduría inmutables que ellos iban buscando, y se pasaron a su milicia divina. De este modo quedaron apoyadas la cumbre de la autoridad y la lumbre de la razón en este único nombre salvador y en su única Iglesia, para rehacer y reformar al género humano» [40].

Después de haber desarrollado la consideración de la verdad y la bondad de Dios, el Dr. Villas pasa a tratar de la hermosura de Dios que, siendo la misma esencia divina, dice que su hermosura: «Es otra propiedad y perfección, íntimamente enlazada con la bondad» [41]. La cita agustiniana que ilustra la exposición doctrinal que el autor lleva a cabo sobre este atributo divino, consiste en una famosa y hondamente sentida exclamación que hace el santo y la manifiesta en el libro de sus *Confesiones*: «¡Tarde te amé, hermosura tan antigua y tan nueva, tarde te amé! Y he aquí que tú estabas dentro de mí y yo fuera, y por fuera te buscaba; y deforme como era, me lanzaba sobre estas cosas hermosas que tú creaste. Tú estabas conmigo, mas yo no lo estaba contigo. Retenían me lejos de ti aquellas cosas que, si no estuviesen en ti, no serían. Llamaste y clamaste, y rompiste mi sordera; brillaste y resplandeciste, y fugaste mi ceguera; exhalaste tu perfume y respiré, y suspiro por ti: gusté de ti, y siento hambre y sed, me tocaste, y abraséme en tu paz» [42].

La vida es otra de les perfecciones y atributos positivos de Dios. El Dr. Villas lo confiesa con precisión y profundidad, y dice:

> «Así pues, debemos afirmar, que Dios no solamente vive y goza de una vida infinitamente perfecta, sino que es la misma vida substancial y en su consecuencia origen y fuente de toda vida» [43].

---

40 *Carta a Dioscoro,* 5, 53: BAC 69, 880.

41 *La divina síntesis,* cit., p. 135.

42 *Confesiones,* X, 27, 38: BAC 11, 424. Otros textos sobre el mismo asunto: *De vera religione,* 32: PL 34, 148. *Carta 18,* 2, a Celestino: BAC 69, 85-86.

43 *La divina síntesis,* cit., p, 141.

A propósito de que procede de Dios todo don de vida, especialmente a los hombres, cita el autor una de las manifestaciones que de ello hace san Agustín en las *Confesiones,* al recordar la eclosión de la vida desde su tierna infancia: «¿Acaso hay algún artífice de sí mismo? ¿Por ventura hay alguna otra vena por donde corra a nosotros el ser y el vivir, fuera del que tu causas en nosotros, Señor, en quien el ser y el vivir no son cosa distinta, porque eres el sumo Ser y el sumo Vivir?» [44] En el tratado *De vera religione* se lee: «No existe vida alguna que no provenga de Dios, porque en verdad Dios es la vida en la cúspide y es él la fuente de la vida» [45].

El entendimiento y la ciencia de Dios las trata el Dr. Villas con anterioridad a sus atributos operativos y pone de manifiesto la diferencia esencial respecto del entendimiento humano, que está en potencia de adquirir conocimientos. «Mas el entendimiento divino no consiste en la potencia, sino en el acto por el que Dios conoce todas las cosas, por lo que su ciencia no es accidental, sino esencial» [46]. El testimonio alegado y que proviene de san Agustín dice así: «No hay [en Dios] muchas, sino una sola Sabiduría, en la que se encuentran como inmensos e infinitos tesoros de cosas inteligibles, en las que están todas las razones invisibles e inmutables de las cosas, aun de las mudables y visibles, que han sido hechas por ella» [47].

El insondable misterio de la voluntad divina se expone en *La divina síntesis,* con expresiones teológicas profundas, como ésta:

> «La voluntad divina no pasa de un acto a otro, sino que quiere todas las cosas con un simplicísimo acto; no existe, pues, en ella sucesión alguna de voliciones; sino que Dios una vez quiere, siempre quiere, y su voluntad es enteramente inmutable, como lo es su substancia y su ciencia» [48].

En el llamado *Enchiridion ad Laurentium* de san Agustín sobre la fe, esperanza y caridad, se proclama la omnipotencia de la voluntad divina con estas sencillas y claras palabras: «No por otra cosa se llama [a Dios]

---

44 *Las Confesiones,* I, 6, 10: BA*C* 11, 80. Véase también: *Tratados sobre el Evangelio de San Juan,* 19, 5.

45 *De Vera Religione,* 11, 21: PL 34, 131: *Nulla vita est, quae non sit ex Deo, quia Deus utique summa vita est, et ipse fons vitae.*

46 *La divina síntesis,* cit., p. 145.

47 *La Ciudad de Dios,* XI, 10, 3: BAC 171, 704. También: *Enarraciones sobre los Salmos,* 49, 18: BAC 246, 225-227. *La Trinidad,* XV, 13: BAC 39, 738-740.

48 *La divina síntesis,* cit., pp. 154-155.

omnipotente, sino porque puede todo cuanto quiere, y por voluntad de criatura alguna se puede impedir el efecto de su voluntad omnipotente» [49].

La omnipotencia divina es un atributo íntimamente enlazado con la ciencia y la voluntad de Dios. Siguiendo a santo Tomás, el Dr. Villas manifiesta que «la acción de Dios no es diferente de su potencia o poder, sino que una y otra es la esencia divina, puesto que ni su ser es diferente de su esencia» [50]. A ese respecto, es presentado un texto agustiniano en el que se dice: «Sólo puede llamarse en verdad omnipotente aquel que existe verdaderamente y de quien únicamente procede todo lo que de algún modo existe, ya sea espiritual o corporal» [51].

En *La divina síntesis* aparecen designados como «atributos respectivos» aquellos que dicen relación a las criaturas, y se ofrece un desarrollo especial a la justicia, la misericordia, la providencia y la predestinación. En cuanto a la justicia divina el Dr. Villas se expresa poniendo como base de sus explicaciones que «la voluntad santísima de Dios ama todo bien y aborrece todo mal» [52]. Entre alegaciones de diversos autores cita algunas palabras del comienzo del libro de controversia de san Agustín sobre el libre albedrío en donde se lee: «Si conoces o crees que Dios es bueno, pues no es lícito pensar lo contario, entonces obras bien. Confesamos que Dios es justo, puesto que negar que lo sea es un sacrilegio, y es así que creemos que da el premio a los buenos y castiga con penas a los malos» [53].

Acerca de que la misericordia de Dios no se opone a su justicia, puesto que la misericordia es un don gratuito y así «la misericordia no quita o excluye la justicia, sino que es cierta plenitud de justicia» [54]. Sobre este tema se hace mención del comentario de san Agustín al salmo 76. Donde dice: «¿Y Dios se olvidará de la misericordia? Corre el río; ¿se habrá secado la fuente? ¿O se olvidará Dios de compadecerse? ¿O detendrá en la ira su misericordia?, es decir, ¿se airará de tal modo que no se compadezca? Más fácilmente contendrá la ira que su misericordia» [55].

Siguiendo a santo Tomás el Dr. Villas afirma que la predestinación es cierta parte de la providencia, en relación con la salvación de aquellos que han de lograr ese destino que Dios a todos ofrece y da las gracias su-

---

49 *Enchiridion ad Laurentium, De fide, spe et caritate,* I, 96: PL 40, 276. Puede verse también *Tratados sobre el Evangelio de San Juan,* 99, 8: BAC 165, 707-709.

50 *La divina síntesis,* cit., p. 161.

51 *Contra Faustum manichaeum,* XXVI, 5: PL 42, 482.

52 *La divina síntesis,* cit., p. 168.

53 *De libero arbitrio,* I, 1: PL 32, 1222-1223.

54 *La divina síntesis,* cit., p. 171.

55 *Enarraciones sobre los Salmos,* 76, 11 (vers. 9-10): BAC 255, 22.

ficientes para alcanzarlo. Pone a continuación las palabras con las que san Agustín define la predestinación, que son estas: «Esta es la predestinación de los santos, que no es otra cosa que la presciencia y la preparación de los beneficios divinos, con lo que con toda certeza son liberados aquellos que son liberados» [56].

El último capítulo de la primera parte de *La divina síntesis* está dedicado al estudio teológico del sublime misterio de la Santísima Trinidad. En la obra se pone muy de relieve que

> «Es en cierto modo principio y origen de casi todos los demás dogmas y misterios que le suponen. En efecto, el mismo misterio de la Encarnación, con el que se relacionan y de quien dependen casi todos los dogmas y misterios de nuestra fe, no se concibe sin el previo conocimiento del augustísimo misterio de la Trinidad» [57].

Como no podía ser de otro modo, son bastante numerosos los textos de obras agustinianas, y especialmente de *La Trinidad,* citas literales que el Dr. Villas incluye en su exposición y en sus alegaciones. Una de esas aportaciones es la advertencia previa que hace san Agustín, diciendo que: «no existe materia donde con mayor peligro se desbarre ni se investigue con más fatiga, o se encuentre con mayor fruto» [58].

Otros textos agustinianos que se alegan y esclarecen la terminología con que se ha de exponer el misterio trinitario son estos: «En efecto, pues, como el Padre no es el Hijo, y el Hijo no es el Padre, y el Espíritu Santo, llamado Don de Dios, no es ni el Padre ni el Hijo, luego son ciertamente tres. Por eso se dijo en plural: *Yo y el Padre somos uno* (*Jn* 10,30). No dijo, como pretenden los sabelianos "es uno", sino *somos uno*» [59]. «En la Trinidad excelsa, una persona es igual a las otras dos, y dos no son mayores que una sola de ellas, y en sí son infinitas. Y cada una de ellas está en cada una en las otras, y todas en una, y una de todas, y todas en todas, y todas son unidad» [60].

A la reflexión sobe el misterio de la Trinidad está muy vinculada la condenación del arrianismo que negaba la divinidad del Verbo divino, lo

---

56 *De dono perseverantiae,* 14: PL 45, 1014. Cf. *ibíd.*, 19, 48: PL 45, 1023, y *Tratados sobre el Evangelio de San Juan,* 48, 4: BAC 165, 240.

57 *La divina síntesis,* cit., p. 189.

58 *La Trinidad* I, 3, 3: BAC 39, 127.

59 *Ibíd.*, V, 9: BAC 39, 352.

60 *Ibíd.*, VI, 10, 12: BAC 39, 388. Para la debida precisión en los términos de esencia o substancia, el Dr Villas (pág. 191) cita otro texto agustiniano de *La Ciudad de Dios,* XII, 2: BAC 171, 756.

cual se pone de manifiesto en las obras polémicas de san Agustín contra esta herejía y otras a ella vinculadas. En *La divina síntesis* aparecen varios textos de su libro *Contra Maximino arriano*. Donde dice «En nada es inferior al Padre aquel que dice: *Todo cuanto tiene el Padre es mío* (*Jn* 16,14), Por lo tanto es igual a él» [61].

San Agustín se complace en descubrir en el ser humano ciertos elementos que le sugieren algunas similitudes con Dios, el ser supremo que existe por sí mismo. El Dr. Villas casi al final de su reflexión sobre el misterio trinitario, presenta estas palabras del obispo de Hipona: «¡Mira! El alma se recuerda, se comprende y se ama; si esto vemos, vemos ya una trinidad; aún no vemos a Dios, pero sí una imagen de Dios» [62].

Desde la consideración de las criaturas

La segunda parte de *La divina síntesis* con razón ha sido valorada como especialmente valiosa por su originalidad y por ofrecer un oportuno y sugerente camino de reflexión e incluso de acercamiento a la fe por parte de aquellos que estén afectados por la increencia o por la vacilación que les haya provocado la crisis del pensamiento filosófico o la siembra de prejuicios por parte una sociedad que se iba descristianizando. El autor mismo reconocía la especial importancia de esa parte de su obra, y lo expresaba de este modo:

> No es, en verdad, de menos interés para la ciencia y para la instrucción y perfeccionamiento de la fe, esta segunda parte, que la primera. Porque, como dice el Angélico Maestro, por la meditación y estudio de las criaturas podemos de algún modo admirar y considerar la divina sabiduría [63].

No cae el Dr. Villas respecto a la naturaleza en un sentimentalismo irreflexivo ni se deja llevar de un pesimismo por razón de los desvíos humanos. El carácter sereno y reflexivo que le configuraba le preservaba de ello; pero no le faltaba una auténtica sensibilidad respecto de la belleza y el orden de la creación como obra de Dios. Ya en el comienzo de su obra hace referencia a una estrofa de san Juan de l Cruz que dice: Gocémonos,

---

61 *Contra Maximinum arianum,* II, 14, 7: PL 42, 774. Véase también: *ibíd.*, X, 2-3: PL 42, 765-766.

62 *La Trinidad,* XIV, 8, 11: BAC 39, 663.

63 *La divina síntesis,* cit., p. 229.

Amado, / y vámonos a ver en tu hermosura / al monte y al collado /do mana el agua pura, / entremos más adentro en la espesura» [64].

En *La divina síntesis* se pone muy de relieve que las criaturas, con sus capacidades y perfecciones, son obra de Dios y a la vez camino hacia Dios especialmente en lo que se refiere a los seres humanos, creados a *imagen y semejanza* de Dios (*Gn* 1,26), para quienes la contemplación de la naturaleza, con diversidad, orden y magnificencia, les induce a abrir los ojos y a servirse de la inteligencia para buscar y reconocer a Dios. Son muchos los testimonios agustinianos que el Dr. Villas ofrece acerca de este camino del hombre hacia Dios.

En cuanto a la obra creadora de Dios, en *La Ciudad de Dios,* el obispo de Hipona desarrolla la firme convicción de que ninguna esencia es contraria a Dios, puesto que cuanto se opone al bien y a la divina esencia no tiene origen en ella, sino que más bien debe considerarse como no-ser: «Dios es la esencia suprema, es decir, el que existe en grado sumo, y, por tanto, es inmutable; ahora bien, al crear las cosa de la nada, les dio el ser; pero no un ser en sumo grado, como es Él, sino a unas les dio más ser y a otras menos, creando así un orden de naturaleza basada en los grados de sus esencias» [65].

En cuanto a la creación como camino hacia el conocimiento del Creador, san Agustín lo exponía en su predicación a los fieles, diciendo: «Sí, en efecto; tú ves algo para llegar por ahí a creer en algo; la fe en lo invisible se apoya en lo que vemos. No seas desagradecido a quien te dio los ojos, por donde puedes llegar a creer lo que todavía no ves. Dios te puso en la cara los ojos, y la razón en el alma; despierta esta razón, despierta al que mora dentro de tus ojos, asómese a esas sus ventanas y mire por ellas la creación divina. [...] Levanta, pues, la mirada de la razón, usa de los ojos cual hombre, ponlos en el cielo y en la tierra: en las bellezas del firmamento, en la fecundidad del suelo, en el volar de las aves, en el nadar de los peces, en la vitalidad de las semillas, en la ordenada sucesión de los tiempos; pon los ojos en las hechuras, y busca al Hacedor; mira lo que ves, y sube por ahí al que no ves. No creas que son exhortaciones mías éstas;

---

64 *Ibíd.*, p. 49. Véase: Canciones entre el alma y el Esposo, estrofa 36,

65 *La Ciudad de Dios,* XII, 2: BAC 171, 756. Véase también: *Enarraciones sobre los Salmos* 85, 12: BAC 255, 234. *De anima et eius origine,* II, 3, 5: PL 44, 496-497. *Ad Orosium contra Priscilianistas et Origenistas,* 8: PL 42, 674. *De vera religione,* 18, 35: PL 34, 157. *De natura boni contra manichaeos,* cap 1: PL 42551-552.

oye al Apóstol que dice: *Los atributos invisibles de Dios se hacen visibles por la creación del mundo* (*Rm* 1,20)» [66].

A través del conocimiento de la esencia divina, obtenido por la fe y la razón, se nos manifiesta que Dios es el origen y fundamento de la unidad, verdad, bondad y belleza de la creación. Así como a partir de las criaturas podemos llegar a conocer a Dios, así también desde Dios se nos da una especial capacidad para descubrir en la creación el fundamento supremo de la unidad, verdad, bondad y belleza de las criaturas. San Agustín en muchos pasajes de sus obras manifiesta que Dios es la *verdad* por esencia: «No se puede dudar de que Dios es sustancialmente inmutable, que está por encima del alma racional, que es la suprema vida, la suprema esencia de la infinita sabiduría. Él es la verdad inmutable, y con toda razón se afirma que es la ley de todas las artes el arte del supremo Artífice» [67].

Siendo Dios infinitamente bueno, cuanto procede de él por creación es naturalmente bueno. San Agustín lo expresaba así: «Todo ha sido creado por Dios y ha empezado a existir gracias a él y a imitación suya. Siendo Dios el ser supremo, sólo puede ser contario a él lo que no existe. y por tanto lo que ha recibido la existencia es naturalmente bueno, Todo lo bueno, en efecto, proviene de Dios» [68].

La hermosura en Dios está íntimamente vinculada con la verdad y la bondad. De la hermosura divina ha tratado ya el Dr. Villas en la primera parte de su obra en referencia a los atributos divinos; pero en esta segunda parte se ocupa de la belleza de Dios en cuanto se refleja en las criaturas. Expresa así su pensamiento:

> Dios es absolutamente la primera hermosura, de quien el ángel y el hombre, el cielo y la tierra, como el rayo del sol, reciben su hermosura. Y a la verdad la gracia, igualmente que la hermosura, competen a Dios originaria y causalmente, de manera que la gracia y la hermosura son como rayos y esplendores del divino Sol, que brilla de varios modos en las diferentes cosas [...] En efecto, siendo como es Dios la belleza esencial, dice el P, Jungman, síguese que todas las cosas bellas tendrán que serlo porque participan de la bondad y belleza divina; porque sean semejantes a Dios» [69].

---

66 *Sermón 126,* 3: BAC 443, 90-91. Otros textos: *Enarraciones sobre los Salmo,* 148, 15: BAC 264, 894.

67 *De vera religione,* 31: PL 34, 147. Cf. *Carta 118,* a Dióscoro, 33: BAC 69, 880.

68 *De natura boni,* 19: PL 42, 557. *Ochenta y tres cuestiones,* 24: BAC 551, 85.

69 *La divina síntesis,* cit., pp. 255-256.

Siguiendo al historiador y tratadista del arte y sus monumentos César Cantú, el Dr. Villas distingue la belleza absoluta, que sólo está en Dios, la belleza real que existe en la naturaleza y en la vida humana, y la belleza ideal, que es el objeto del arte. En cuanto a la belleza divina cita los *Soliloquios* de san Agustín, donde entre otras hermosas expresiones se dice: «Dios, Bondad y Hermosura, principio, causa y fuente de todo lo bueno y hermoso. Dios, luz espiritual, en ti, de ti y por ti se hacen comprensibles las cosas que echan rayos de claridad» [70]. Y en las *Confesiones* el santo exclama: «Yo, Dios mío y gloria mía, aun por esto te canto un himno y te ofrezco como a mi santificador el sacrificio de la alabanza porque las bellezas que a través del alma pasan a las manos del artista vienen de aquella hermosura que está sobre las almas, y por la cual suspira la mía día y noche» [71].

Para analizar a la luz de Dios el mundo universo en su complejidad, de manera que quede a la vista del hombre cómo las criaturas todas se hallan insertadas en una estructura ordenada y que puede ser contemplada bajo un aspecto de trascendencia, el autor de *La divina síntesis,* se detiene a presentar el concepto y las características del orden cósmico. Le sirve de guía en primer lugar un texto agustiniano que define qué es en esencia el orden contemplado bajo la creencia en Dios, y que el santo expresa con sencillez diciendo: «El orden es por el que se hacen todas las cosas que Dios ha establecido» [72]. Y también dice el santo: «La divina sabiduría es la ley universal» [73], es decir, la ley natural establecida por Dios, de un modo definitivo.

Después de las leyes físicas del orden cósmico, se pasa a manifestar que también a la luz del conocimiento de Dios se descubre con singular claridad que el Creador es también principio y causa del orden moral y sobrenatural. El Dr. Villas se expresa con notable claridad acerca de ello y dice:

> Es una verdad manifiesta que no sólo existe en el mundo un orden físico y natural, sino que debe admitirse también respecto del hombre un orden moral y sobrenatural. [...] Así pues, el mundo moral comprende los actos humanos, sus relaciones con la ley, sus principios y sus conse-

---

70 *Soliloquios,* I, 1, 3: BAC 10, 437.

71 *Confesiones,* X, 34, 53: BAC 11, 437. Cf. *Carta 120,* a Consencio, 4, 20: BAC 69. 910. *Enarraciones sobre los Salmos,* 44, 29: BAC 246, 97. *Contra Faustum manichaeum,* XII, 13: PL 42, 261

72 *Del orden,* I, 10, 28: BAC 10, 622.

73 *Ochenta y tres cuestiones,* 79. 1: BAC 551, 274.

cuencias. El acto humano tiene por primera base el conocimiento racional, por el que el hombre se hace capaz de la vida moral [74].

San Agustín en *La Ciudad de Dios* afirma que ya había filósofos antiguos que tenían la opinión de que «en Dios se encuentra la causa de la subsistencia, y la razón de la inteligencia y la ordenación de la vida, de estas tres cosas, una pertenece a la parte natural, la otra a la racional y la tercera a la moral. Pues si el hombre fue creado en tal condición que por lo que en él hay de excelente alcanza lo que excede todas las cosas, es decir, un solo Dios verdadero y perfecto, sin el cual no subsiste naturaleza alguna, ni instruye doctrina alguna, ni aprovecha costumbre alguna: busque a aquel en quien encontramos la seguridad de todas las cosas; contemple a aquel en quien todas son ciertas; ame a aquel en quien tenemos la suprema rectitud» [75].

El Dr. Villas finaliza su exposición sobre el acertado conocimiento del mundo y del hombre a partir de la creencia en el verdadero Dios, asunto que inicia con estas palabras: «Con Dios (dice Balmes) todo se aclara; pero sin Dios nada se explica completamente: por consiguiente, no hay ciencia completa posible sin Dios» [76]. A ese respecto recuerda estas vibrantes exclamaciones de san Agustín: «Dios, luz espiritual, en ti, de ti y por ti se hacen comprensibles las cosas que echan rayos de claridad. Dios, cuyo reino es todo el mundo, que no alcanzan los sentidos. Dios, que gobiernas los imperios con leyes que se derivan a los reinos de la tierra. Dios, separarse de ti es caer; volverse a ti, levantarse; permanecer en ti es hallarse firme. Dios, darte a ti la espalda es morir, convertirse a ti es revivir, morar en ti es vivir» [77].

Dimensión sapiencial del hombre ante Dios

Cuando el Dr. Villas llega al remate del plan que se había propuesto de examinar el conocimiento de Dios y de las demás cosas por Dios, considera la conveniencia de poner de manifiesto que al reconocerse el hombre a sí mismo como obra de Dios y receptáculo de sus dones y beneficios, resulta muy oportuno tratar con cierto desarrollo acerca de esa fecunda

---

74 *La divina síntesis,* cit., pp. 292-293.

75 *La Ciudad de Dios,* VIII, 4: BAC 171, 488-489. También: *Enarraciones sobre los Salmos* 149, 4: BAC 264, 903. *Ibíd.*, 70, sermón 2, 3: BAC 246, 855. *Sermón 62,* 2: BAC 441, 199.

76 *La divina síntesis,* cit., p. 305.

77 . *Soliloquios,* I, 1, 3: BAC 10, 437,

materia de reflexión sobre la condición del hombre creado por Dios y favorecido con la fe cristiana.

Al comienzo de esta última parte de *La divina síntesis,* a la que califica de apéndice, el autor se fija en un famoso texto agustiniano, reconociendo que «san Agustín según refiere el P. Ceferino González, reponía la felicidad del hombre en la vida presente en el conocimiento de Dios unido al conocimiento de sí mismo», a lo cual añade en latín esa célebre expresión del santo: *Deus Semper ídem, noverim me, noverim te»* [78]. Estas emblemáticas palabras del obispo de Hipona se hallan al principio del libro segundo de los *Soliloquios,* y fielmente traducidas al español son del tenor siguiente: «¡Oh Dios, siempre el mismo!, conózcame a mí, conózcate a ti, He aquí mi plegaria» [79]. Sobre esta sentencia agustiniana añade el Dr. Villas: «El ilustre Bossuet confiesa que la sabiduría consiste en conocer a Dios y conocerse a sí mismo, y que nada sirve tanto al alma para elevarse a su autor, como el conocimiento que ella tiene de sí misma y de sus sublimes operaciones que habemos (sic) llamado intelectuales» [80].

Estando apoyados con fidelidad en las enseñanzas de Agustín, se nos pone de manifiesto que Dios es el principio y la causa de la luz intelectual que se aprecia en el ser humano, donde de algún modo se refleja el misterio trinitario. El obispo de Hipona la pone de relieve en su tratado sobre la Trinidad: «Esta trinidad del alma no es imagen de Dios por el hecho de conocerse el alma, recordarse y amarse, sino porque puede recordar, conocer y amar a su Hacedor. Si esto hace, vive en ella la sabiduría; de lo contrario, aunque se recuerde a sí misma, se comprenda y se ame, es una ignorante. Acuérdese, pues, de su Dios, a cuya imagen ha sido creada; conózcale y ámele» [81].

Si en el alma humana puede hablarse de luz, es porque la ha recibido de Dios: «Puede ciertamente llamársele luz [a Juan Bautista] y bien se le llama luz también a él; pero luz iluminada, no iluminante, pues una es la luz que ilumina y otra la luz que es iluminada, porque también se llama luceros a nuestros ojos y, sin embargo, están abiertos en la oscuridad y no ven. En cambio, la luz iluminadora es luz por sí misma, es luz para sí mis-

78 *La divina síntesis,* cit., p. 315

79 *Soliloquios,* II, 1, 1: BAC 10, 473.

80 *La divina síntesis,* cit., p. 316. El texto original de Bossuet aparece en su obra *De la connaissance de Dieu et de soi-même,* cap, 1°.

81 *La Trinidad,* XIV, 12, 15; BAC 39, 671.

ma y no necesita otra luz para poder lucir, sino que lo demás la necesita a ella misma para lucir» [82].

Dándose la capacidad del ser humano para recibir la iluminación que proviene de Dios, es perceptible también que en la mente del hombre aparezca una vía que le conduce al conocimiento de Dios, aunque con las limitaciones, que se imponen al tratarse del Ser sumo e infinito en su esencia. Santo Tomás se expresa de este modo: «Es, pues, evidente que todo objeto conocido coengendra en nosotros su noticia. Ambos, cognoscente y conocido, engendran el conocimiento» [83]. Así lo escribe el santo obispo de Hipona en las *Confesiones*: «Porque a este tal le respondo yo de este modo fraternal y pacífico: "Si los dos vemos que es verdad lo que dices, y asimismo vemos los dos que es verdad lo que yo digo, ¿en dónde, pregunto, lo vemos? No ciertamente tú en mí y yo en ti, sino ambos en la misma insondable Verdad, que está sobre nuestras mentes"» [84].

De todo cuanto se ha ido desarrollando en *La divina síntesis,* con la aportación de una sólida y elevada doctrina, avalada por multitud de testimonios, tanto de la Sagrada Escritura como de los Santos Padres, o de sabios maestros y pensadores, la mayoría de ellos fieles hijos de la Iglesia, se llega a la consideración de que Dios se manifiesta como «principio y causa de la perfección intelectual, natural y sobrenatural del hombre». Se trata, pues de una visión amplia y ansiosa de suscitar en medio del mundo una generosa entrega que tienda a la perfección y a la santidad. Esta aspiración la expone y manifiesta el autor de la obra con estas esclarecedoras palabras:

> Siendo Dios principio y causa de la luz subjetiva y objetiva del conocimiento humano (que como se ha manifestado anteriormente, son los dos elementos o principios constitutivos del conocimiento), así como también de su verdad; síguese claramente, que lo es también de la perfección intelectual natural y sobrenatural del hombre, que consiste en el conocimiento de la verdad [85].

---

82 *Tratados sobre el Evangelio de San Juan,* XIV, 1: BAC 139, 321. *Ibíd.*, XXXV, 3: BAC 139, 717-718. *De peccatorum meritis et remissione*...I, 25, 37, PL 44, 130. *Sermón 182,* 5: BAC 443, 809-810. *La Ciudad de Dios,* X, 2: BAC 171, 602. *Tratados sobre el Evangelio de San Juan,* XV, 19: BAC 139, 358.

Enarraciones sobre los Salmos 118, sermón 18, 4: BAC 264, 117. *De fide et símbolo,* 4, 6: PL 40, 185. *De Genesi contra manichaeos,* I, 25, 43: PL 34, 194. *La Trinidad,* IV, 2: BAC 39, 281.

83 *La Trinidad* IX, 12, 18: BAC 39, 483. Véase también: *De vera religione,* 31, 57: PL 34, 147.

84 *Confesiones,* XII, 25, 35: BAC 11, 539. Véase: *Enarraciones sobre los Salmos,* 75, 17: BAC 246, 1007.

85 *La divina síntesis,* cit., p. 335.

A propósito de la necesidad que tiene el hombre del auxilio de Dios para alcanzar la sabiduría y poder así avanzar hacia Él, cita el Dr. Villas un texto de san Agustín en el que, comentando el prólogo del cuarto evangelio dice: «*Y la luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la comprendieron* (*Jn* 1,5). Es lo que ocurre, hermanos, con un ciego puesto al sol. El sol está presente, pero él está ausente para el sol, Esto es lo que sucede con todo el que tiene un corazón necio, injusto, impío o ciego. Presente está la sabiduría, pero para uno que es ciego es como si estuviera ausente de sus ojos. No porque ella no le acompañe, sino porque él esta distante de ella. ¿Y qué ha de hacer éste? Purificarse hasta poder ver a Dios [86].

Dando por descontado que las ciencias teológicas basadas en la revelación divina reconocen que tienen a Dios como principio y causa de ellas, el autor de *La divina síntesis,* pasa a tratar de que las ciencias de orden natural, adquiridas por las luces de la razón humana, también tienen su origen en Dios, que es el creador de nuestra naturaleza. Lo mismo hay que afirmar, respecto de las ciencias morales, de las leyes, del derecho y de la autoridad. Sobre este último punto se cita este texto agustiniano, que sin duda guarda relación con los problemas suscitados por el donatismo; «Los reyes, por disposición divina y en cuanto a su condición de tales, sirven a Dios si al reinar mandan cosas buenas y prohíben lo malo, no sólo en lo que toca a la sociedad humana, sino también en lo relativo a la religión divina» [87]. Y en su obra *El libre albedrío* dice: «Considero que en las leyes temporales no se encuentra nada justo y legítimo que los hombre no haya derivado de la ley eterna» [88].

Solo en Dios puede hallar el hombre «la última perfección del entendimiento y de la voluntad humana por el conocimiento del ser divino y por el divino amor» [89]. Esta última perfección del hombre es la que se recibe con visión de Dios en la bienaventuranza de la gloria eterna. Sobre este tema se cita esta ferviente exhortación de san Agustín: «*El Señor me oirá cuando le invoque* (*Sal* 4,4). Veo que nos amonesta aquí a que imploremos el auxilio de Dios con gran fervor, es decir, con intenso y espiritual

---

86 *Tratados sobre el Evangelio de San Juan,* I, 19: BAC 139, 27. Véase también: *Liber imperfectus de Genesi al litteram,* 16, 59: PL 34, 243 y *De Genesi ad litteram* XII, 25: PL 34, 382-383.

87 *Contra Cresconium donatistam,* III, 51, 56: PL 43, 527.

88 *De libero arbitrio* I, 6, 15: PL 32, 1229.

89 *La divina síntesis,* cit., p. 362.

amor; porque, como debemos congratularnos por la iluminación en esta vida, así debemos orar para conseguir el descanso después de ella» [90].

En el penúltimo capítulo de su obra considera el Dr. Villas que si la existencia de las criaturas materiales lleva a conocer la existencia de Dios, lo mismo y de un modo más penetrante ocurre al examinar la naturaleza del ser humano. He aquí algunas reflexiones que hace el autor de un modo muy juicioso y documentado:

> Si fijamos nuestra atención en el hombre considerado no sólo físicamente, si no intelectual y moralmente, ora en el orden natural, ora en el sobrenatural; ¡oh! ¡cuántas más razones superiores de dependencia y admiración, de reconocimiento y acción de gracias, de amor y caridad encontraremos! Y en verdad; trátese de hacer que desaparezca en el hombre la idea de Dios, Sol necesario de las inteligencias, y quedará luego extinguida la vida intelectual y moral. La razón privada de apoyo vacilará; se borrarán las nociones del bien y del mal y el error y la verdad, lo justo y lo injusto quedarán confundidos en el bárbaro derecho del más fuerte [91].

Sobre este tema de la religión, como camino que viene de Dios y hacia él conduce se alegan en esa obra diversos textos agustinianos. En el tratado *La verdadera religión* leemos: «Relíguenos la religión al único y omnipotente Dios, porque entre nuestra mente, con la cual le conocemos como Padre y como verdad, es decir, como una luz interior por la que le comprendemos, sin que se interponga ninguna creatura» [92]. Y en *La Ciudad de Dios* se dice: «Nuestro bien, sobre cuya meta tal debate hay entre los filósofos, no es otro que unirnos a Él: su abrazo incorpóreo, si se puede hablar así, fecunda el alma inmortal y la llena con verdaderas virtudes. Se nos manda amar este bien con todo el corazón, con toda el alma y con todas las fuerzas. A este bien debemos llevar a los que amamos y ser llevados por los que nos aman» [93].

Cristo es el Señor: Dios con nosotros

El misterio de la Encarnación viene a ser como el corazón de «La divina síntesis» en la que resplandece la infinita bondad de Dios, que se ha

---

90 *Enarraciones sobre los Salmos,* 4, 5: BAC 235, 28. Cf. *La vida feliz,* 2, 12: BAC 10, 556-557.

91 *La divina síntesis,* cit., p. 368.

92 *De vera religione,* 55, 113: PL 34, 172.

93 *La Ciudad de Dios,* X, 3: BAC 171, 604. Cf. *Las retractaciones.* I, 13, 9: BAC 551, 694. *Sermón 176,* 6: BAC 443, 724. *La Ciudad de Dios* XVII, 4: 8: BAC 172, 344.

manifestado a ángeles y a hombres: *Ved que la virgen concebirá y dará a luz un hijo y le pondrán por nombre Emmanuel, que traducido significa: Dios con los hombres"* (*Mt* 1,23). El Dr. Villas dedica el último capítulo de su obra a proclamar con gozo y unción espiritual la maravilla real e histórica de que *el Verbo se hizo carne y habito entre nosotros.* He aquí unas palabras del autor en *La divina síntesis*:

> Unidos, pues al Verbo hecho carne por la naturaleza humana, que nos es común con Él, somos verdaderamente por medio del Verbo unidos al Padre y al Espíritu santo, que moran realmente en nosotros, como nos dice el mismo Jesucristo por el Águila de Patmos: *Cualquiera que me ama, observará mi doctrina, y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos mansión dentro de él* (*Jn* 14,23). He aquí por qué nos dice el Apóstol: *¿No sabéis vosotros que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios mora en vosotros* (*1Co* 3,16). Y poco más adelante: *¿No sabéis que vuestros cuerpos son miembros de Cristo, vuestra cabeza?* (*1Co* 6,15). Así pues, en Jesucristo y por Jesucristo se realiza y consuma nuestra unión real con Dios [94].

Muy significativos resultan los textos agustinianos referentes al misterio de Cristo que aparecen en este capítulo cristológico, que es el último de *La divina síntesis*. En primer lugar en las *Enarraciones sobe los Salmos* aparece esta luminosa manifestación acerca de la divinidad del Verbo encarnado y su prodigiosa obra en favor del ser humano: «Creamos en su divinidad [del Verbo] y, en cuanto podamos, entendamos su igualdad con el Padre. Pues la divinidad igual al Padre participó de nuestra mortalidad, no con arreglo a lo suyo, sino a lo nuestro, para que nosotros participásemos de su divinidad, no de la nuestra de la cual carecíamos, sino de la suya» [95].

En un sermón predicado por san Agustín en Boseth, pueblo situado entre Cartago y Tagaste, se hallan estas palabras de exhortación a los fieles: «Cristo es, en el seno de su Padre, la verdad y la vida; él es el Verbo de Dios, y de él se dijo: *La vida era la luz de los hombres* (*Jn* 1,4). Siendo, pues, en el Padre la verdad y la vida, y no sabiendo nosotros por dónde ir a esta Verdad eterna y Vida en el Padre, hízose hombre para sernos camino. Siguiendo el camino de su humanidad llegarás a la divinidad. Él te conduce a él mismo. No andes buscando por dónde ir a él fuera de él» [96].

Que Cristo es quien nos da vida eterna es una enseñanza del propio Salvador, y que Agustín desarrolla de una manera que el Dr. Villas no

---

94 *La divina síntesis,* cit., p. 388.

95 *Enarraciones sobre los Salmos,* 138, 2: BAC 264, 575.

96 *Sermón 141,* 4: BAC 443, 284. *Sermón123,* 3: BAC 443, 53.54. *Sermón 142,* 1: BAC 443, 285-286.

duda en calificar de especialmente «ingeniosa» [97]. He aquí las palabras del obispo de Hipona: «*Viene una hora y es ahora, cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios, y quienes la oigan vivirán.* ¿Cómo vivirán? De la vida. ¿De qué vida? De Cristo. ¿Cómo probamos que de Cristo Vida? *Yo soy,* afirma, *el Camino, la Verdad y la Vida* (*Jn* 14,6). ¿Quieres andar? *Yo soy el Camino.* ¿No quieres caer en el error? *Yo soy la Verdad.* ¿No quieres morir? *Yo soy la Vida.* Esto te dice tu Salvador: no hay a donde vayas sino a mí; no hay por donde vayas sino a través de mí, Ahora, pues, corre esa *hora,* de esto se trata exactamente y está totalmente en curso, Resucitan los hombres que estaban muertos pasan a la vida, a la voz del Hijo de Dios viven, de él, si perseveran en la fe de él. En efecto, el Hijo tiene la vida, tiene de qué vivan los creyentes» [98].

También la realeza de Cristo es proclamada por Agustín cuando comentando el citado texto de Pablo que dice: *Caminamos por la fe, no por la visión* (*2Co* 5.7) hace esta exhortación a la confianza: «Caminemos hallándonos en el camino, puesto que el Rey de la patria es nuestro Señor Jesucristo» [99]. Acerca de todas estas enseñanzas agustinianas acerca de nuestra salvación por Cristo, el Dr. Villas dice:

> De todos estos testimonios de tan profundo e ingenioso Doctor se deduce claramente que nuestro Señor Jesucristo es la única vía para conducirnos con seguridad a la verdad y vida divina, o sea a nuestro último fin, siendo por consiguiente Cristo, como he indicado en la tesis de esta capítulo, el ideal de la humanidad y el único medio para dirigirnos y unirnos con Dios» [100].

Con la fuerza característica de sus frases lapidarias dice también san Agustín: *Tota vita Cristi in terris per hominem, quem suscipere dignatus est, disciplina morum fuit:* (Toda la vida de Cristo sobre la tierra, mediante la naturaleza humana que se dignó asumir, constituye la debida norma de nuestra vida) [101].

En cuanto a la participación de María en la obra de Cristo, nuestra Salvador, nuestra luz y nuestra Vida, aporta el Dr. Villas un texto de la mística española sor María de Ágreda, en el cual entre otras cosas nos presenta la Virgen, que en una visión le dice a ella: «Hija mía, si el Verbo

97 *La divina síntesis,* cit., p. 385.

98 *Tratados sobre el Evangelio de San Juan,* XXII, 8: BAC 139, 514-515.

99 *Enarraciones sobre los Salmos* 123, 2: BAC 264, 289.

100 *La divina síntesis,* p. 385.

101 *De vera religione,* 16, 32: PL 34, 135.

del eterno Padre bajó de su seno a tomar en mi vientre su humanidad, y redimir en ella al linaje humano, necesario era que para dar luz a los que estaban en las tinieblas y sombras de la muerte, y llevarlos a la felicidad que habían perdido, viniera su Majestad a ser su luz, su camino, su verdad y su vida...» [102].

Al final de su extensa obra *La divina síntesis* el Dr. Antonio Villas concluye su valiosa labor, tan llena de doctrina teológica y colmada de una muy copiosa y escogida alegación de testimonios de todo el decurso de la historia cristiana, con unas palabras basadas en los luminosos escritos de san Agustín acerca de la deificación del hombre, o sea, de su misteriosa participación de la vida divina, Así se expresa nuestro autor: «En Jesucristo percibe la humanidad el tipo más elevado de sí misma y contempla su propio ideal: Dios se ha hecho hombre (dice san Agustín), para que el hombre se hiciese Dios: *Deus factus est homo, ut homo fierit Deus.* El mismo Hijo de Dios (dice el citado Doctor), que siempre es verdad y vida en el Padre, asumiendo la naturaleza humana se hizo camino o nuestro ejemplar, Imita a Cristo, hombre y llegarás a Dios. Pues (como dice Juan), Él es el camino, la verdad y la vida» [103].

gmpsps@telefonica.net

[102] *Mística Ciudad de Dios,* Parte 2ª libro V, cap. 10: *La divina síntesis,* cit., p. 467.

[103] *La divina síntesis,* cit., p. 406. Cf. *Sermón 141,* 4: BAC 443, 284 y *Enarraciones sobre los Salmos,* 128, 2: BAC 264, 575.